

HOMILÍA 1º DOMINGO DE ADVIENTO – 2010

CICLO “A”

Iniciamos por la misericordia de Dios un nuevo Año Litúrgico en el que celebraremos, si Dios quiere, los misterios salvadores de Jesucristo. El Año litúrgico comienza con el Adviento.

Adviento, tiempo de esperanza

La triple venida de Jesucristo

- * recuerdo de la primera venida del Hijo de Dios a los hombres hace más de dos mil años.
- * acogida del Señor que viene todos los días a nosotros: venida mística
- * espera de su segunda venida al final de los tiempos

Llamadas del Adviento

- * conversión de nuestros pecados y faltas
- * renovación espiritual y moral
- * oración frecuente y asidua
- * esperanza: “levantad vuestras cabezas se acerca vuestro Salvador”..
- * compartición de nuestros bienes con los necesitados

Tres personas...

En el corazón del Adviento encontramos a tres personas que han de atraer nuestra atención y guiar nuestra espiritualidad:

* **Isaías**: el profeta del Antiguo Testamento que nos anuncia al Mesías que ha de venir a salvar a la humanidad y que nacerá de una virgen. Meditemos los mensajes de este profeta ya que nos ayudarán a conocer mejor a Jesucristo y a amarlo con más intensidad.

* **Juan Bautista** que nos dice: preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas”. Encarna el espíritu del adviento. Acojamos la llamada de Juan que nos habla de austeridad y de conversión ante la llegada inminente del Mesías, del Redentor. Más adelante nos dirá quién es el Mesías.

* **María** “esperó con inefable amor de madre a su hijo Jesús”. Personifica la esperanza del adviento. Nos da a su hijo, el Mesías, el

Salvador, el Señor. Contemplemos a María que concibió primero por la fe a su Hijo en el corazón y después en sus entrañas por obra del Espíritu Santo. Aprendamos de ella a escuchar la Palabra de Dios y a obedecerla, así como a dejarnos renovar por el Espíritu Santo.

La corona de Adviento

A lo largo del tiempo litúrgico de Adviento iremos encendiendo unas velas que forman “la corona de adviento” y que nos invitan a despertarnos del sueño del pecado en que podemos vivir, a estar en vela ante el Señor que llega a nosotros y a salir a su encuentro con las lámparas encendidas de la fe, de la esperanza y del amor en nuestra mano.

1.- Las Lecturas

* **Profeta Isaías 2,1-5.** El profeta anuncia que Dios salvará a su pueblo. Entonces, “forjarán de sus espadas azadones y de sus lanzas podaderas”. “No levantará espada nación contra nación”. Hagamos realidad este anuncio en nuestro mundo, en nuestras relaciones humanas...tan necesitadas de paz, de concordia...

* **Salmo responsorial 121.** El salmista nos invita a ir a la casa del Señor con gozo y alegría. Salgamos de nosotros mismos y formemos con los demás la comunidad cristiana que se reúne para escuchar la Palabra de Dios y celebrar la Eucaristía.

* **Carta de san Pablo a los Romanos 13,11-14.** ¡Qué consuelo nos transmite san Pablo al decirnos que nuestra salvación está cerca! Sí, Cristo, el Salvador de todos, está a nuestra puerta. Abrámosle y Él entrará en nuestra alma y nos salvará. Llevemos en adelante una vida nueva en el Espíritu.

* **Evangelio según san Mateo 24,37-44.** El Señor nos exhorta a estar despiertos y en vela para acogerlo el día que llegue. No vivamos en la inconsciencia ni en el pecado. Caminemos con humildad en la presencia del Señor y en el amor al prójimo.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- Despertemos del sueño de nuestros pecados.

No nos acostumbremos al pecado; no vivamos en la mediocridad; no nos conformemos con lo mínimo. Por este camino, caeremos en la rutina, en la inercia, en la mera costumbre. Digamos con toda verdad: “nada hay peor que un alma acostumbrada”; terminaríamos en la vaciedad ética, estética, y religiosa. Nuestra referencia es Jesucristo porque es “nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida”. Cristo es el camino que nos lleva a la verdad que nos hace libres y la vida que nos hace felices. Quitemos de nuestra mente y de nuestro corazón todas los ídolos, rechacemos las malas inclinaciones – la codicia, la avaricia, la pereza, la soberbia, la frivolidad...- que nos quitan la paz y siembran en nosotros dudas, intranquilidades. Abramos nuestro corazón a Jesucristo que ha venido “para que tengamos vida, y vida en abundancia”; esa vida que nos da paz y serenidad, gozo y esperanza...

2.2.- Estemos en vela ante la venida de Jesús en nuestra vida

El Señor viene, está a la puerta, está llamando con insistencia. ¿No lo oyes? Abre tus oídos y te darás cuenta de que te llama a ti, a mí, a todos. En efecto, Él viene para salvarnos a todos, también a ti. Sí; viene por ti, porque te ama y quiere salvarte.

Despertemos de nuestros sueños y ensoñaciones. Estemos en vela para que cuando venga y llame a nuestra puerta le abramos con presteza. No digamos “mañana le abriremos, para lo mismo responder mañana” (Lope de Vega).

Estar en vela nos pide mantener vivas y encendidas la luz de la fe, la antorcha de la esperanza y la lámpara de la caridad. Si así lo hacemos, el Señor nos invitará a pasar al banquete del Reino eterno.

2.3.- No tenemos ciudad permanente aquí, buscamos otra

¡Queridos hermanos y amigos! Nuestra vida en esta tierra se acabará un día. La muerte nos llegará. Vamos caminando por este mundo pero sabiendo que nuestra vida no acaba para siempre en el sepulcro. No terminaremos en el naufragio total de la nada: “la vida de los que en Ti creemos no termina, se transforma; y al deshacerse nuestra morada terrenal adquirimos una mansión eterna en el cielo”. Nuestra alma es inmortal y un día Dios nos resucitará de nuestros sepulcros para una vida sin fin.

Esta realidad mantiene en nosotros la esperanza en el Señor que nos ha dicho: “el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás” (Jn.11,25-26).

Es necesario recordar y proclamar estas verdades en nuestro tiempo en el que se olvidan, se silencian o se niegan estas verdades. El ser humano no es una pasión inútil, ni se encamina hacia la nada absoluta. Vamos caminando por este mundo pero sabiendo que nuestro destino final es el regazo de Dios: “Señor, nos hiciste para Ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en Ti” (San Agustín). Vivimos en un adviento permanente porque estamos esperando al Señor continuamente. Con toda la Iglesia, le pedimos y suplicamos: “Marana tha!, ¡Ven, Señor!”.

3.- De la Palabra a la Eucaristía

La Iglesia nos invita a renovar nuestra esperanza en el Señor: ¡Te esperamos, Señor, con toda nuestra alma!. ¡No tardes en venir! En la Eucaristía, el Señor se acerca a nosotros. Acojámosle. Él nos dará fuerzas para seguir caminando hacia Él y no desfallecer en el camino de la fe.

4.- De la Eucaristía a la Misión

Hemos terminado la Eucaristía. Ahora nos dispersamos por el mundo, por la ciudad, por nuestras casas...

Seamos signos de esperanza para tantos seres humanos que la han perdido en su enfermedad, en sus sufrimientos, en sus debilidades, en sus vidas....

Demos razones para vivir, para creer, para esperar...a tantas personas con las que nos encontramos en la vida y que necesitan escuchar estas razones....

Terminamos.

¡Feliz Año Nuevo del Señor para todos!

Cáceres. 22 de noviembre de 2010

Florentino Muñoz Muñoz